su salvacion, resistiendo á Jesús, en cuya gracia y favor solamente se alcanza? Esta contradiccion fué espada penetrante para el sensible corazon de la Vírgen María.

Aun mayores penas causaron á la Madre de Dios los Herodianos. Ya fueran estos los *publicanos* ó recaudadores de impuestos que acusaron á Jesús diciendo: "Hemos encontrado á este hombre que pervierte al pueblo y prohibe que se pague el tributo al Cesar;" ya fueran los soldados de Herodes que custodiaban la persona del Principe, ello es, que ofuscados con el splendor y magnificencia de que este soberano se rodeaba, creyeron ver en él al Dominador y al Angel del Testamento. ¿Cuál sería la pena de la Santísima Vírgen, viendo la ofuscacion de estos hombres que de tal modo revolvian lo sagrado con lo profano, reino espiritual con el temporal, hombres tan abyectos que preferían ver á un extranjero ó Iduméo sobre el trono del hijo de David?

No hablaré ya de los Príncipes de los Sacerdotes y Maestros de la ley, que miraban á Jesús como escandalo y oprobio de su pueblo, y trataban de malos israelitas y apostatas de la Sinagoga á los que le seguian y alababan;

ni de las otras sectas donde abundaban los hombres perversos y engañadores, los jueces prostituidos y venales, los corrompidos Magistrados, los calumniadores y falsarios, que se daban la mano con el populacho vil y degradado, los esclavos, los traidores, los desapiadados verdugos, y sus infames satelites.

Con elementos tan apropósito, la persecucion del Mesias tuvo que ser universal y continua. *Levantáos*, dice un Angel á José cuando dormía: *tomad al niño y á la madre, huid á Egipto, porque Herodes buscará al niño para perderle* (1). ¡Qué angustias para la Vírgen María en este viaje! Por seguir el curso ordinario de las cosas, el que sería la salud de los hombres, *cae en enfermedad* (2). ¡Oh dolor! Pero estaba escrito. *Yo he llamado á mi Hijo dél Egipto* (3), dice el Señor. El cielo se conmovió antes que la tierra, dice San Pedro Crisólogo, cuando el Angel descendió sobre José que dormia; pues ¿qué harían las entrañas virginales de la Santísima Vírgen?

Las madres desconsoladas por la muerte de

(1) Matth. II, 13.
(2) Heb. V, 2.
(3) Oseas. XI, 1.

sus tiernos hijos lloran amargos duelos: oyéronse sus lamentos en Rama, y Raquel nó quiere consolarse de la muerte de los suyos, porque *¡ya no son! Quia non sunt* (1). El gemir de estos inocentes mártyres y el dolor de sus madres desconsoladas quebranta el corazon de María.

Al temor y susto de perderle, sucedió despues el dolor de haberle realmente perdido. ¡Qué naturalidad hay en aquella amorosa reconvencion de su divina madre, cuando hallándole en el templo le dijo sollozando: *¿ Hijo mio, porqué nos habeis tratado de esta manera? Vuestro padre y yo afligidos os buscábamos* (2). *Dolentes quærebamus te.*

Mayores tormentos estaban reservados à la Vírgen, para aquel tiempo en que comenzára Jesús su vida pública. ¡Cómo observan la conducta del Mesias sus implacables enemigos! ¡Cómo miden por su Corazon mezquino aquel corazon tan generoso y tan grande! Ya interpretan falsamente sus palabras, ya sus acciones comunes, ya sus predicciones, ya sus milagros. Una vez los Príncipes de los Sacerdotes

(1) Matth. II, 17.
(2) Luc. II, 49.

y los Escribas le hicieron esta pregunta ofensiva y extraña: «Explicadnos lo que haceis, y decidnos con qué autoridad, y quién os ha dado el poder.» Otra vez los Fariséos le hicieron preguntas insidiosas, para excitar mas, si era posible, el odio que le tenian los herodianos. Los Sadduceos siguieron el mismo camino, y un Doctor de la ley siguió á los Sadduceos, y todos turnaban en el ejercicio de sus malignas artes, con asechanzas y perfidas maquinaciones que *descubrian los mas ocultos secretos de su corazon.* La verdad de su mision autorizada con la pasmosa grandeza de sus milagros, con la pureza de su vida, con la evidencia irresistible de su doctrina, con el atractivo y mágico poder de su palabra lejos de persuadirlos y convencerlos, los irrita y enfurece hasta la demencia. Primero se juntaron en conciliabulos secretos, y luego publicamente, porque ya solo se trata de perderle, sin pararse en los medios, y sean los que fueren. Su doctrina fué tenida por impía, sus milagros por encantamientos y ficciones, y todas sus obras por artes inicuas de un hombre pérfido, traidor, malhechor, seductor, que todo esto se dijo contra nuestro amantísimo Jesús,

autor de la gracia y de la verdad, y principio de nuestra salud. ¡Oh, y cómo serían para la Santísima Vírgen estas contradicciones una espada de dolor! Todos estaban conjurados contra Jesús, y como anunció Simeon, le tiraban como al blanco.

«¿Qué hacemos? Decian alentándose los unos á los otros, para dar remate á la obra de iniquidad tramada en sus conventículos y asambleas. El pueblo se va tras él, y sinó le salimos al encuentro, creerán en su palabra. Luego vendrán los Romanos, y destruirán nuestra ciudad y nacion.» El despecho los tiene ciegos, pues nó solo nó evitaron la ruina de la ciudad y nacion, sino que ellos la aceleraron con esta persecucion tan rabiosa. Los Romanos vinieron, cayeron sobre la ciudad, los despojaron de sus bienes, talaron el pais, y los redujeron á la mas dura y miserable servidumbre. Trajoles tan memorable castigo su horrendo sacrilegio, para que se cumpliera lo que Simeon habia dicho: *Positus in ruinam.*

Finalmente, engañados por sus malas pasiones, irritados contra Jesús á pesar de su mansedumbre, hicieron sus enemigos un esfuerzo supremo; y todo lo que puede inventar la envidia, enmascarada con el velo de la piedad, y todo lo que puede querer la malevolencia, y proyectar la sabiduría diabólica, que condena el Apostol San Pablo, todo se puso por obra, consiguiendo un completo triunfo sobre la verdad, sobre la inocencia y la justicia, que quisieran desterrar para siempre del mundo, crucificándolas con Jesús en un cadalso. El Justo fué entregado á la muerte.

¡Ver la Santísima Vírgen á su dulcísimo Jesús reputado entre los inicuos, y condenado á muerte, y muerte afrentosísima y dolorosísima! ¡Oh, qué cruel es la espada que atraviesa su corazon!

Pero las contradicciones arrecian; y el sublime destino de la Madre de Dios, la pone al alcance de todas las angustias que sufre su amantísimo Hijo, y refractan sobre aquella madre dolorosa. Jesucristo ve todas las maldades y abominaciones pasadas, y todas las que se cometerán hasta el fin de los siglos. El pecado anubla su frente con un paño de tristeza. Puesto el pecado sobre la cruz, derriba sus hombros y lo agobia con su peso; su sabor es de hiel y vinagre; los frutos que dá en la tierra son abrojos y espinas. La Magestad de

un Dios no puede poner en él los ojos, sin sudar sangre por todos los poros de su sacratísimo cuerpo; pero derramando sobre los pecadores una mirada de misericordia, encomiéndalos á su Eterno Padre con palabras de infinito amor.

La dolorosa Madre de Jesús, juntamente con su Santísimo Hijo, se ofrecía al Eterno Padre en sacrificio y hostia de suavidad y propiciacion. Mas ¿cuánto sufriría viendo á su querido Hijo, que por una parte traía á su consideracion los pecados de los hombres, para satisfacer por ellos, y por otra los retiraba, nó pudiendo sufrir tanta deformidad? *Cepit contristari*, dicen los Evangelistas. Este fué el primer fruto de la consideracion de nuestros pecados; llenarse de pavor; despues sobrevino el tedio; *tedere*, y por último, el combate y agonía en que padeció atrocísimos tormentos, y dió público testimonio del grande amor con que amaba aun á sus mas implacables perseguidores.

Al considerar que las lágrimas, sollozos, dolores y atrocísimos tormentos del Hijo mas amado fueron á un tiempo los de la Madre mas amorosa, los fieles cristianos se vuelven

á la Vírgen María, haciéndola compañia en sus penas, y pidiendo auxilio y fortaleza para padecer resignados. Tal es el destino del hombre en esta vida. El dolor se lleva la mayor parte, y nó se libró de padecer la Vírgen María aunque era santísima y pura, ni mucho menos Jesucristo, que ha sido verdaderamente el *hombre de los dolores*. La Vírgen María conoció los sufrimientos del cuerpo y las angustias del alma; sufrió el hambre y la sed, la pobreza y el destierro, la tribulacion, el desamparo y la soledad; mil espadas cruzaron su pecho y aflijieron su corazon sensible y compasivo, aunque tuviera la firmeza del diamante. Jerusalem la vió llorar; y en sus labios se ponen estas exclamaciones de Jeremías: "Oh vosotros todos, los que pasais por los caminos, mirad y ved si hay dolor semejante á mi dolor. Ved Señor mi tribulacion; mis entrañas están desgarradas; mi corazon está despedazado dentro de mí; porque yo estoy llena de amargura..... Ellos han oido mis gemidos, y nadie me consuela..... (1)"

Todos los dolores juntos no pueden compararse con los de María; porque si como dice

(1) Threu. I, 20.

San Bernardo, su dolor ha sido proporcionado á la extension de su amor, ¿quién puede haberla sobrepujado? «Nó me llameis Noemi, decia la Vírgen, nó me llameis Noemi, es decir bella; llamadme mar de amarguras, porque el Todopoderoso me ha llenado de dolores..... »

«! Oh Padre Eterno! (exclamemos con Fr. Luis de Granada) ya que por tu infinita bondad y misericordia quisiste que así padeciese tu bendito Hijo por nuestros pecados, ¿porqué quieres que padezca tambien esta sagrada Vírgen, que ni por los pecados agenos merece muerte, (pues basta la del Hijo), ni tampoco por los suyos, pues no los tiene? ¿Cuán facilmente se pudiera templar este trabajo, si en aquella sazon se hallára fuera de Jerusalem, donde no viera con sus ojos al Hijo morir, ni creciera tanto su dolor con la vista del objeto presente? ¡Oh maravillosa dispensacion y consejo de Dios! Quieres, Señor, que padezca, nó por la redencion del mundo, si no porque no hay en el mundo cosa que mas te agrade que el padecer por tu amor. No hay en todo lo criado cosa mas preciosa, que en el cielo, el amor de los bienaventurados; y en la tierra,

el amor atribulado de los justos. En la casa de Dios no hay mayor honra que padecer por su amor. Entre todas las buenas obras que el Salvador te hizo en este mundo, esta fué la que principalmente señalaste y aceptaste, para que fuese el medio de nuestra reparacion. Esta fué la joya y la piedra preciosa, que entre todas las riquezas de virtudes que aquel tan rico mercader te puso delante, mas te agradó, para darle por ella todo lo que pedía, que era el remedio del mundo. Pues si tan rica es esta joya, no era razon que faltase tal pieza como esta á la mas perfecta de las perfectas, y aquella que tanto agradó á los ojos de Dios (1).

El mismo Redentor Jesús, nó mostró ni con sus milagros, ni con su doctrina, cuánto amaba á los hombres, hasta que padeció por ellos entregándose á la muerte. Las tribulaciones, como dice San Pablo, ocasion de paciencia, así como la paciencia es la prueba valedera de la virtud, y esta, esperanza de la gloria. Todos los justos quedaron purificados como el oro en el crisol, pasando por la prueba de los dolores. A los que Dios quiere descubrir su corazon amante, los lleva adentro

(1) *Libro de la oracion y meditacion*, Cap. XXIII.

de los secretos mas escondidos de la ciencia del espíritu, por medio de la tribulacion; y Él puede hacer que la tribulacion nó sea hiel si no regalo. Señal es de su predileccion el padecer y sufrir, y dá mayor trabajos á los que para sí elije y le son particularmente mas queridos y allegados. Por esta razon decia el Rey Profeta : *Señor, nos darás á beber lágrimas con medida* (1); mas ¿qué medida es esta? Que los escogidos del Señor serán los mas atribulados; porque como en los sacrificios de la antigua ley, la sangre de la alianza era rociada sobre el pueblo, así la sangre de la nueva ley cae sobre nosotros, y hemos de participar de la sangre de Jesús, de sus augustias, dolores y trabajos; y será un privilegio esta eleccion de los buenos cristianos, á quienes mayores trabajos se reparten, con quienes celebra el Señor una alianza mas íntima, á quienes hace participantes de los dolores é ignominias de su pasion dolorosísima.

Consolaos, pues, mis queridos hermanos, en vuestros trabajos; y reciban mas consuelos aquellos que se vean afligidos por mayor dolor; porque mientras mas sufriereis, tendreis

(1) Ps. LXXIX, 6.

mas semejanza con Jesucristo y su Santísima Madre. Rechazar este consuelo, apartar de nuestros labios el caliz del dolor, sería olvidarnos de lo que somos, despreciando la obra de nuestra salud, y hollando la misericordia del Señor : y sería el colmo de la ingratitud no padecer con la Madre de Dios, encontrarla llorando por los caminos y nó llorar con ella, negarle en su desconsuelo toda simpatía, viendose claro por estas señales, cuán indignos somos de que pusiera el Señor en nosotros sus ojos de misericordia cuando fué levantado sobre el madero de la Cruz, y cuán lejos estabamos de merecer una Madre como la Vírgen María, en cuyas entrañas se atesora tanto amor para los pecadores.

¡Ah, mis queridos hermanos! Nó nos olvidemos de los gemidos de nuestra Madre. Ved que nó somos los hijos del siglo; es decir, esta vida nuestra, esta vida espiritual del genero humano, nó es el resultado de barbaros sacrificios, ni de ceremonias vanas, ni viene del poder del hombre, ni de su palabra, ni de su doctrina, sino que viene del mismo Dios que padeció por nosotros en la humanidad que se habia unido, juntamente con su Madre la Vír-

gen María, que es madre nuestra. Somos, pues, los hijos de su sangre y de sus dolores: ¿escucharémos sin lágrimas el relato de sus penas? ¿Ó llevarémos nuestra ferocidad hasta el punto de redoblar las ofensas, pagando amor con odio, sirviendo de contradiccion al Hijo y de espada á la Madre, poniendo pecado sobre pecado, y resucitando aquellos dolores crueles que desgarraron en el Calvario el corazon de María Santísima? ¡Ah, nó! No hay hombre tan miserable que nó se conmueva oyendo gemir á su tierna madre, cuando llora sus extravios. Guardará en su corazon las penetrantes palabras de una madre amorosa y solícita, oirá siempre aquellos sollozos, y sus ojos encontrarán en todas partes aquella mirada de bondad que enamora, amenaza, y proteje. Estos recuerdos de la piedad filial fortifican contra las tentaciones, defienden contra los pecados, y nó dejan que se entorpezca y embote nuestra sensibilidad, expuesta al rudo contacto de los falsos placeres y penosas aflicciones de este mundo.

¿Veis, Señores, cómo no echo mano de recursos violentos para moveros al dolor como por fuerza? Nó Señores; yo me dejo llevar

naturalmente de mi pensamiento, sigo sencillamente la corriente de las afecciones humanas, y quisiera, como sacerdote del Señor, derramar en las llagas sangrientas de vuestras almas el óleo y el balsamo de las celestes consolaciones. En el dolor de la Purísima Vírgen, consuelense las vírgenes atribuladas; consuelense tambien las esposas cuya vida es un largo martirio. Cobre espansion el corazon amante de todas las madres, y revistámonos todos ante la imagen viva del dolor, de aquel espíritu de fuerza que nos hará capaces de suspirar por las pruebas, y desear la cruz. « Dejémonos conmover, Señores, como decia Bossuet, por los lamentos de una Madre: » abracémonos á la cruz, abracémonos al dolor. Yo os diré del dolor, mis queridos hermanos, lo que Fr. Luis de Granada decia de la humildad: « El que te desecháre será de Dios desechado, aunque esté en lo mas alto del cielo; y el que te abrazáre, será de Dios abrazado aunque sea el mayor pecador del mundo (1). »

Ahora que por todas partes, al grito de dolor que sale de todos los pechos humanos, se juntan los lamentos de María, la sangré de Je-

(1) *Libro de la oracion y meditacion*, Cap. XX.

sús, la ira de sus enemigos, la consternacion de sus discipulos, y el clamor ardiente de los pecadores que piden á Dios misericordia en dias de gracia, recojed vuestros sentidos y potencias para dar al espíritu la doctrina que necesita, y entrar en aquellos sentimientos de amor que piden de nosotros los tremendos misterios del Calvario. Todavia quiero presentaros el cuadro mas sublime que puede ofrecernos el dolor llevado á su mas alto punto, el último dolor de María, la última espada que atravesó su alma en un momento supremo, en aquel en que las contradicciones suscitadas contra Jesús por el pueblo de Israel alcanzaron la más completa victoria con la muerte del Justo, á que se siguieron abercísimas penas, imposibles de conllevar sin poderosos auxilios de lo alto. Entre tanto, sea con vosotros el amor y misericordia de Dios poderoso y clementísimo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. *Amen.*

LOS DOLORES

DE LA VÍRGEN MARÍA

Magna est enim velut mare contritio tua; ¿quis medebitur tui? (JEREM. THREN. CAP. II, v. 13.)

Porque es grande como el mar tu quebranto: ¿quien te consolará?

ILUSTRÍSIMO SEÑOR (1):

Es tal el desencanto que tarde ó temprano se apodera de nosotros, viendo convertirse en humo las mas bellas ilusiones y risueñas espe-

(1) Cuando hice este sermon, me propuse imitar, aunque con la imperfeccion que yo temia, algunos pasages de la *Mesiada* de Klopstock. Luego vi que la empresa era temeraria, y que el estudio de un poema, del cual ha sido tan dificil hacer nó mas que medianas traducciones, acabaria mis escasas fuerzas sin uti-